

# Noli me Tangere

Ensayo sobre el levantamiento del cuerpo\*

*Carlos Humberto Elizalde Castillo\*\**

Dejar-se tocar, afectar, ser punto de contacto y, consecuentemente, tocar; operar con el sentido un toque. Esta es quizá una de las premisas que sostienen los aportes y reflexiones del filósofo francés Jean-Luc Nancy a lo largo de algunas de sus obras. Heredero y continuador de la corriente postestructuralista, Nancy ha logrado conjuntar en sus diversos análisis muchas de las problemáticas filosóficas, políticas y culturales que tiñen nuestro tiempo. En su obra *Noli me tangere* emprende, a partir de una revisión de las representaciones iconográficas, un trabajo sobre el episodio del Evangelio de Juan dedicado al encuentro de María Magdalena, desconsolada fuera del sepulcro por la pérdida del cuerpo, con Jesús (resucitado) que la interpela con esta frase: “No me toques”.

Nancy intenta ir más allá de una interpretación filosófica o de un mero estudio sobre composición pictórica para repensar el lugar del sujeto con respecto al sentido, es decir, las formas en las que se pueden redimensionar las marcas subjetivas en los procesos de construcción de sentido atravesados por la impronta de la escucha y la mirada, del cuerpo; además de considerar y trabajar los efectos que esta fórmula tiene en la cultura y el arte.

La parábola, en tanto que “figuración mediante un relato encargado de representar un contenido moral” (Nancy, 2006:10), aparece en el evangelio como la forma en la cual Jesús predica su enseñanza. Al respecto, Nancy va a observar que para la fe cristiana Jesús es y representa la verdad como profeta, al referir en el evangelio de Juan (14:9) “El

\* Nancy, Jean-Luc, *Noli me tangere. Ensayo sobre el levantamiento del cuerpo*, Mínima Trotta, Madrid, 2006.

\*\* Psicólogo egresado de la UAM-Xochimilco. Ayudante del PEAPA DEC.

que me ha visto a mí, ha visto al padre. ¿Cómo dices tú: muéstranos el Padre?” muestra la relación de igualdad que existe entre logos y figura o, y esto es algo que trasciende la religiosidad del cristianismo, “la identidad de lo invisible y lo visible, de lo revelable y lo revelado, de lo divino y lo humano” (Nancy, 2006:11) que la parábola permite como figuración moral. Así, la parábola se configura como la apelación a una capacidad receptiva, anterior a cualquier mensaje o imagen.

Habitar la escucha o la visión para poder acoger el mensaje. Se trata de una correlación en la que vista o escucha y mensaje se tensan, uno a partir del otro, uno con otro en una participación que los constituye para la revelación no del sentido último o primero sino de un irreductible resto, un exceso que, más allá de cualquier concepto, permita abrir el sentido del texto o la imagen en aquello que se formula como exhortación, exigencia de un sujeto que, dejándose llevar por su movimiento, oiga su escucha o vea su mirada en aquello que las abre.

Ahora bien, *Noli me tangere* es la traducción latina del griego *Mè mou haptou* donde *haptou* viene del verbo *haptain* que significa no sólo tocar sino retener, detener; literalmente nos llevaría a “No quieras tocarme”. El episodio discurre a partir del encuentro de María Magdalena con el sepulcro vacío, en el lugar se encuentran dos ángeles que le preguntan por qué llora; ella responde que es por la desaparición del cuerpo; volviéndose encuentra a Jesús, a quien no reconoce porque su apariencia es la de un jardinero, quien la interpela llamándola por su nombre, ella le replica llamándolo Maestro. Es en este momento que Jesús le dice “No me toques, que todavía no he subido al Padre. Pero vete donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios”.

Nancy, a través de un rodeo sobre los posibles motivos y efectos dentro de la representación pictórica de la figura del jardinero, muestra que es como el resucitado en tanto que conoce el vacío de la tumba y cuida los accesos a la muerte; manteniendo el jardín, *cultivándolo*, forma una cultura al abrir una relación con la muerte, con el límite y la partida. Lo que va a establecer el encuentro con Jesús y la interpelación que le hace a María Magdalena es la prohibición del contacto físico, de la apropiación y, consecuentemente, la forma y medida de un tacto diferente, que toque su eternidad. Esto es lo que permite, para Nancy,

la emergencia de la resurrección fuera de la religiosidad como “el surgimiento de lo indisponible, de lo otro, y del acto de desaparecer *en el cuerpo mismo y como el cuerpo*” (Nancy, 2006:28). En él como lugar de la existencia, de relación con el afuera, con el Otro como ausencia y como muerte. De esta forma, el resucitado es aquello que toca desde su partida, como ausencia, el punto de mi muerte.

En su reflexión, deudora del pensamiento de Emmanuel Levinas y Jacques Derrida, Nancy va a continuar el problema filosófico de la relación con el absoluto en términos de otredad radical y de sentido, otredad en tanto que muerte y ausencia. Así, la fórmula del episodio evangélico adquiere otras tonalidades:

No me toques, no me retengas, no pienses cogerme ni alcanzarme, pues parto hacia el Padre, es decir, todavía y siempre hacia la fuerza misma de la muerte y me alejo en ella, me fundo con su brillo nocturno en esta mañana de primavera. Parto ya, no soy más que en esta partida, yo soy el que parte del acto de partir, mi ser consiste en esa partida y mi palabra es ésta: Yo, la verdad, parto (Nancy, 2006:29-30).

Jesús es aquel que muere y recibe la gloria del Padre, del ausente. Su resurrección no tiene nada que ver con la reencarnación o algún tipo regeneración: es una forma de estar ante la muerte, la elevación o el levantamiento como relación con el sepulcro, relación de verticalidad con horizontalidad dirá Nancy. Lo que representa “es un giro de los planos, del horizontal al vertical, un cambio de perspectiva sobre la misma tumba y sobre la misma muerte. Al *horizonte* de la vida finita (el horizonte es el límite) se superpone, sin oponerse, un infinito levantamiento” (Nancy, 2006:38).

Este cambio en la mirada también se realiza como metáfora del tocar en el encuentro entre Jesús y María. Frente a la tumba vacía, ella ve lo invisible porque su fe se lo ha permitido; oyendo su nombre ha reconocido al jardinero y el mensaje le ha sido revelado. Poder escuchar y mirar lo ausente, aquí señalado como exceso, hace referencia a la disposición receptiva, a la sensibilidad pero sobre todo a la a-tensión con aquello que provoca su apertura.

No obstante, ¿cuál es el sentido concreto, efectivo, de esta escena y sus construcciones en el ámbito cultural y social? No me toques, hace referencia a una interdicción ya sea por violencia o por sensualidad lanzada a otro. Como precepto, “lo intocable –cuya más llamativa representación es, para nuestros ojos de occidentales, la figura del *paria* hindú– está presente en todas partes allí donde existe lo sagrado, es decir, el retiro, la distancia, la distinción y lo inconmensurable, con la emoción que los acompaña (o que los constituye)” (Nancy, 2006:25-26). El *paria* y el extranjero, como amenaza y arribo del otro, son algunas de las representaciones de esta distancia; aquel que viene de fuera, el desconocido, lo exógeno, la basura es también aquello que contamina, que vulnera y que pone en riesgo. *Noli me tangere* figura la medida de esta distancia, indica la pureza y lo sagrado así como el resguardo ante el intruso.

En la obra de Nancy, el cuerpo y el contacto como categorías analíticas ocupan un lugar privilegiado de su visión. Cuando habla de cuerpos intocables se refiere a cuerpos que no pueden tocar ni ser tocados, como el cuerpo de Dios que carece de extensión. Todo cuerpo, en tanto cuerpo, está expuesto, abierto a los otros cuerpos, es *con* y *entre* ellos, sujeto a su afección, afecta y es afectado. Como lugar de la *existencia*, el cuerpo no puede sustraerse al contacto ni a la afección, es con los otros cuerpos que encuentra su posibilidad y su límite, su singularidad y finitud. Es aquello que Nancy va a considerar como la experiencia del estar-en-común, la constitución del ser singular plural, la comunidad.

*Noli me tangere* dibuja su trayecto en la relación del hombre con su límite: “el de su violencia y su muerte: en ese límite, se derrumba o se expone, y de una manera u otra se pierde necesariamente” (Nancy, 2006: 84). Su significado puede ir de una advertencia, como amenaza hacia otro conminado a detenerse, a una súplica por el padecimiento de dolor o pasión, a veces ambas cosas. Pero en última instancia “es una escena extraña en la que un cuerpo glorificado se presenta y se rehúsa a un cuerpo sensible, exponiendo cada uno de ellos la verdad del otro, rozándose un sentido con el otro pero permaneciendo las dos verdades inconciliables, rechazándose una a otra” (Nancy, 2006:86).

Así, con el simulacro de amor, María-Magdalena (María, Myriam, Mèriam, MRAM –el tetragrama femenino– de Magdala, la Madelon, la Madelomphe, la Madelocha –cabellera y agua, libación, forma de fluir y derramarse) ha salido de sí y con ello del pecado, se ha convertido en amante al saber o creer que Jesús la amaba; ha salido de su abandono de criatura y el amor la ha alcanzado sin pedirle ni proponerle nada, sólo haciéndole un sitio, tocándola, purificándola igual que a la otra María. En su ser se “conjuga la caricia y el homenaje como la vida y la muerte, como la mujer y el hombre, como la ligereza y la gravedad, como el aquí y el otra parte, sin pasar del uno al otro, sino compartiéndolos sin mezclarlos, uno contra el otro, por un tocar que se aparta y que se impide a sí mismo. Se convierte de alguna manera en la santa por excelencia porque se mantiene en ese punto en que el tocar del sentido es idéntico a su retirada” (Nancy, 2006:69-70).

Si bien con Jesús, desde su historia o leyenda, asistimos a la figuración de la verdad, en tanto que presentación-representación del Padre, como Ser y como Otro, con María Magdalena somos testigos de la figuración de la espera, del peregrinaje, del amor infinito y del deseo. Pintados, vienen a representar la ausencia, la invisibilidad de lo visible y a su vez la presencia de lo invisible; el toque del Otro.